

## La formación de los suburbios madrileños en el paso del siglo XIX al XX

Son abundantes los testimonios escritos en los últimos años del siglo pasado y en los primeros del nuestro sobre los barrios míseros madrileños. El urbanismo, la medicina social, la literatura y la política principalmente se preocuparon de las bajas zonas urbanas y han trazado en diversas obras, descriptivas más que analíticas, una imagen prolija en detalles del paisaje obrero de la villa. Indistintamente tratan estos testimonios de los sectores centrales de la ciudad y de los periféricos, sin apenas atender a las posibles variedades sociales que se podían extraer de la diferente localización. No sólo quedan los sectores periféricos indeferenciados, sino desigualmente tratados, ya que la atención recayó casi exclusivamente en las zonas del interior; en otros casos, la arbitraria división de la ciudad por distritos municipales sirve de base a la exposición de datos, con la consiguiente deformación de la realidad. Pasó prácticamente inadvertida la aparición de los suburbios periféricos; sólo años después, cuando, ya formados, se impusieron de forma contundente en el complejo urbano, empezaron a ser individualizados y objeto de interés. Nuestros historiadores, atraídos por el desasosiego político de estos años, tampoco han atendido debidamente la coetánea formación de dichos suburbios. Con ello, la génesis del proletariado urbano de Madrid ha permanecido oscura o insuficientemente determinada.

Las fuentes directas han permitido, sin embargo, trazar un esquema geográfico de la ciudad, una imagen dinámica que permite ver su evolución facial desde 1860, fecha clave en este proceso singular. Por de pronto, esta imagen marca la diferencia que presenta la población suburbial del extrarradio de la existente en los focos obreros o simplemente miserables del interior.

Al nacimiento de aquéllos corresponde la génesis del proletariado urbano madrileño. Y, al mismo ritmo de su formación irá desapareciendo el empuje obrero en los viejos barrios internos; se cerrarán hacia un localismo cada vez mayor, reduciendo sus horizontes y evolucionando a una mentalidad castiza que paralizará su desarrollo social. Una potente realidad se abre en la periferia y otra se clausura en el interior. Carente de fuerza, ésta pasa a constituir un quiste cualificado por la miseria, mientras la zona periurbana,

íntegramente obrera, se vitaliza al paso que se forma, descontenta de su condición, con conciencia de clase, en un grupo homogéneo y segregado del resto; es decir, como proletariado. Un proletariado que no surge frente a una empresa anónima, sino frente a la ciudad, que hace las veces de aquélla; no en el lugar donde trabaja, sino en el que habita.

A mediados del siglo XIX Madrid está rodeado de una cerca, levantada en 1625 con fines fiscales, que le aísla del contorno e impide su expansión. A su alrededor, sin apenas transición, se extiende la zona rural de la comarca. El vigoroso núcleo urbano, en plena expansión demográfica, queda constreñido por este límite artificial. La fuerte densidad de población, la multiplicación de funciones de la ciudad y el desarrollo económico de la burguesía eran factores que exigían por sí solos un crecimiento inmediato y ordenado de su extensión. Creo innecesario pormenorizar en este aspecto. A partir de 1860 contó Madrid con un proyecto de ensanche, obra de Carlos María de Castro, que, rodeando el núcleo urbano parcialmente y transformándole en zona interior, creara un área periférica de desarrollo planificado. A partir del límite exterior de ésta comenzaba el extrarradio. En 1868 es destruida la cerca y se inicia la obra del ensanche, la construcción de la ciudad que se expande. Al otro lado de esta zona, desde el límite marcado en el proyecto, empiezan a aparecer, anárquicamente, los suburbios. Más lejos, situados como éstos junto a las principales líneas de comunicación, crecen los pequeños núcleos de población de los arrabales. Empieza a configurarse la nueva aglomeración urbana. Al principio con lentitud; desde 1875 con rapidez que se incrementa progresivamente<sup>1</sup>.

Afectado económicamente —por la desamortización principalmente— el obrero rural abandona el campo. La atracción de la incipiente industria, la instalación de los ferrocarriles, la estructura radial de las comunicaciones son factores, entre otros, que posibilitaron la emigración de las zonas agrícolas a las urbanas. El desequilibrio entre ciudad y campo se acentúa; mientras aquélla hace las veces de ventosa, éste expulsa sistemáticamente a sus trabajadores. La población de las zonas próximas a Madrid es absorbida por la villa, que crece y transforma sus contornos. En las encrucijadas del límite del ensanche, a lo largo de las carreteras que encuentran su centro en la vieja ciudad y aislados de ella por la zona planificada, crecen así pequeños poblados triangulares aprovechando la ausencia de ordenación previa y el bajo precio del suelo.

Su desarrollo, rapidísimo, aventaja al lento progreso del ensanche. Falto de preparación técnica, los inmigrantes pasan a constituir el peonaje que reclama la construcción del proyecto. El espacio vacío que les separa de la ciudad viene a ser así su lugar de trabajo. En el plano, el dibujo del conjunto urbano aparece según la imagen clásica: un centro viejo y asimétrico, un ensanche ordenado y una zona en la periferia, desigual, anárquica, y —como ya se ha dicho— localizada junto a las vías de comunicación, dando un aspecto tentacular o estrellado al dibujo. Bien significativas son las cifras siguientes: “de 271.254 habitantes en 1857, Madrid pasa a 540.000 en el año

<sup>1</sup> Vid. MANUEL DE TERÁN: *El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868*, Madrid, Estudios Geográficos, agosto-noviembre, 1961, p. 599-615.

1900. En el decenio siguiente el crecimiento es lento, pasando en 1910 a 572.000, para acelerarse en los dos siguientes, y alcanzar en 1930 cifra ya próxima al millón (952.932 habitantes)”<sup>2</sup>. No hay que olvidar que aquí nos referimos al momento de formación de los suburbios, no a su desarrollo en este siglo, que finalizó precisamente hacia 1930, cuando, terminado el ensanche, se integraron a la ciudad como barrios plenamente constituidos. Es de gran interés cotejar los datos anteriores con otros también aportados por Terán: “en el quinquenio de 1905 a 1910 la (población) del extrarradio aumentó en 27,38 por 100, mientras que el (crecimiento) del Ensanche fue de 11,08 y el del interior de 3,83”<sup>3</sup>. Corresponden las fechas con el período de lentitud antes señalado; en estos años comenzó el exterior a ejercer una presión efectiva sobre el centro.

Aparte de la inmigración rural, la población que aparece en los suburbios está en parte compuesta también por obreros expulsados del casco, que buscan allí nueva vivienda y nueva forma de trabajo al coincidir este momento con el paso del taller a la industria, es decir, del artesanado al proletariado. El suburbio se forma, pues, al quebrar dos formas de vida, la rural y artesana, y aparecer otra nueva. En él se localiza, concretamente, una nueva clase obrera.

Por los años en que se crea el proyecto y se derriba la cerca, España pasa por fuertes crisis políticas y sociales. Cambios técnicos, económicos y teóricos de gran envergadura afectan a la nación vigorosamente. El campesino va a experimentar una quiebra en su mentalidad religiosa al efectuarse el parcial abandonismo del clero de las zonas rurales. Al llegar al suburbio la carencia de asistencia religiosa será total; en su lugar van a aparecer como sustitutivos las ideologías, la vida política, que se compagina más directamente con sus nuevos problemas, con su recién nacida forma de vida preurbana, en la cual ahora se sitúa fuera de su alveolo tradicional. Este paso de una forma de vida rural a otra urbana y, como consecuencia, de una mentalidad religiosa a otra política de tipo social, va a ser también crítico.

Al descontento inmediato nacido por el forzado cambio de forma de vida se añade otro ocasionado por la nueva realidad que les presiona. Segregados de la ciudad y frente a ella van a adquirir conciencia de clase, de explotación, y fuertes estímulos ocasionados por las próximas y patentes diferencias en el nivel de vida. Su descontento va a canalizarse en una actitud que contrasta con la pasividad de las zonas humildes del interior. Aparece así este fenómeno sociológico decisivo de la expansión de Madrid como perfectamente cartografiable. De esta masa disconforme que se proletariza saldrán los potentes y numerosos grupos del socialismo obrero madrileño. Hasta finalizar la guerra civil española la manifestación de esta vitalidad sociopolítica va a ser continua y estará dotada de un empuje y un matiz peculiares. Huelgas y algaradas van a encontrar su centro en las encrucijadas periurbanas de la villa —la Glorieta de Cuatro Caminos, por ejemplo—; igualmente las estadísticas electorales por distritos arrojan indiscutible luz sobre este hecho. Estos suburbios obreros quedan así caracterizados, como focos de población en los que se produce un cambio de vigencias; a la pérdida de una serie de

<sup>2</sup> MANUEL DE TERÁN: *ibid.*, p. 604.

<sup>3</sup> MANUEL DE TERÁN: *ibid.*, p. 603.

creencias sucederá la adquisición de nuevas ideas y de aquí derivará el carácter de su peculiar comportamiento social, en cierto sentido innovador. Es decir, un comportamiento como clase proletarizada. De esta forma cuajarán en ella los esquemas teóricos por los que luego se introducirá en la actividad política. Esta intemperie social cualifica perfectamente el Madrid suburbial en el momento que tratamos. Por otro lado, podemos definir estas zonas según un criterio geográfico en uso<sup>4</sup>, como unidades elementales de vida colectiva integradas por población dedicada al peonaje, bajo la influencia directa de la vida urbana y segregadas socialmente en un espacio concreto según el reparto de clases de la ciudad.

Este espacio concreto ya nos es conocido; en él se crea un medio propio: el paisaje suburbial. Como antes he dicho, las descripciones sobre los barrios míseros durante las fechas que nos interesan son frecuentes. Sin embargo, apenas poseemos más que alusiones sobre los nuevos sectores del exterior. He escogido, a pesar de ello, unos textos de Galdós sumamente sugerentes, que si bien no corresponden a las zonas que nos ocupan, dibujan un paisaje nada diferente de ellas en su aspecto exterior. En *La desheredada* (1.ª parte) la acción está localizada en Madrid en la primavera de 1872; la fecha es aún temprana para el fenómeno de proletarización; los sectores en que éste se dará son todavía el contorno rural de la ciudad, apenas salpicado de los primeros y discontinuos grupos de casas que forman la vanguardia de lo que serán los suburbios. A lo largo de la obra se aprecia una forma de vida singular ligada estrechamente a un paisaje; tanto éste como aquélla apenas difieren en el detalle, en el pormenor, de los que corresponderán al extrarradio, aunque el matiz social sea radicalmente distinto. El sector que dibuja Galdós es el meridional de Madrid, barrios laterales, en el límite de las afueras. Próxima al Paseo de Embajadores, "conocido y gitanesco", escaparate de la miseria, vive la Sanguijuelera, tía de la protagonista; ésta examina el lugar: "Al ver, pues, las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, los faroles de aceite amenazando caerse, al ver también que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimientos; al oír el estrépito de machacar sartenes, los berridos de pregonos ininteligibles, el pisar fatigoso de bestias tirando de carros atascados, y el susurro de los transeúntes que al dar cada paso lo marcaban con una grosería, creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad; era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro." (Cap. II). El contraste de esta zona en la misma obra con la interior es interesantísimo. Más adelante, la descripción se localiza —aunque sólo momentáneamente— en la zona marginal de la ciudad: "El barranco de Embajadores, que baja del Salitre, es hoy en su primera zona una calle decente. Junto a la Fábrica de Tabacos es un buen solar. Atraviesa la Ronda y se convierte en despeñadero, rodeado de casuchas que parecen hechas con amasada ceniza. Después no es otra cosa que una sucesión de muladares, forma intermedia entre la

<sup>4</sup> DENIS SZABO: *El estudio de la sociedad urbana*. Zaragoza, "Geographica", enero-diciembre, 1959, p. 60.

vivienda y la cloaca. Chozas, tinglados, construcciones que juntamente imitan el palomar y la pocilga, tienen su cimiento en el lodo de la pendiente. Allí se ven paredes hechas con la muestra de una tienda o el encerado negro de una clase de matemáticas; techos de latas claveteadas; puertas que fueron portezuelas de ómnibus, y vidrieras sin vidrios, de antiquísimos balcones. Todo allí es vejez, polilla; todo está a punto de desquiciarse y caer. Es una ciudad movediza compuesta de ruinas de ruinas." (Cap. VI, II). El paisaje del suburbio sólo difiere de éste, tan próximo a él, en el matiz: no es el deshecho urbano, sino algo que aún no alcanza a ser ciudad.

En su aparición juegan papel fundamental dos líneas, como ya se ha dicho: el límite del ensanche y la vía de comunicación que, cortando el anterior, une la ciudad con el exterior. A partir de la encrucijada resultante se extienden las casas a lo largo de ambas líneas; de esta forma la espontánea construcción del poblado queda controlada al aparecer necesariamente una serie de calles secundarias verticales a la vía central. El dibujo se adelgaza al alejarse las casas de la línea límite interior. El sector norteño de Madrid es el mejor ejemplo de este caso. Esta situación supone un cierre por parte de los suburbios de las salidas de la ciudad y una perfecta comunicación con el casco. Posteriormente, este hecho puramente geográfico contribuirá en gran medida a hacer directas las presiones que se ejercerán mutuamente sobre el centro y el exterior. Y, por ello, facilitará la rápida asimilación de los suburbios en barriadas al finalizar el primer cuarto de nuestro siglo.

En la vía central se concentra la vida del poblado. Es la calle Mayor. El resto, las viviendas, permanece atrás, en los márgenes de lo urbano y lo rural, en la exclusión. El paisaje físico es la imagen visual de la realidad sociológica de sus habitantes. Recordemos que son centros de trabajadores, no de trabajo. El suburbio de los Cuatro Caminos daba en 1900 un 78 % de su población activa como peones y jornaleros de la construcción<sup>5</sup>. La mano de obra de las viviendas de la burguesía, de los edificios públicos donde se programaban tareas que no le incluían, se construyó así también su propio paisaje, en el límite de lo inhabitable. La aglomeración fue una consecuencia inmediata. Sin embargo la mendicidad no matizó estos sectores; por el mundo del trabajo se obtuvo el contacto con la realidad exterior y desde él se llegó a concepciones como clase trabajadora, paz social y justicia, que ya en 1890 Pablo Iglesias manejaba ante Sagasta, como portavoz de los albañiles madrileños. En el suburbio las relaciones sociales fueron angostas y cerradas<sup>6</sup>; el contacto con la ciudad partió del grupo y adquirió el aspecto del enfrentamiento de una clase excluida con otra excluyente.

La inmigración, muy fuerte, poseyó una característica marcadamente familiar a base de matrimonios jóvenes y parientes cercanos y un afán de estabilización notable. Esta población joven enriqueció demográficamente la zona suburbial. La alta natalidad y mayor mortalidad son características; la insalubridad extrema del medio y el sistema de vida explican este fenómeno. La compensación demográfica, como es lógico, provino de la inmigración. Así apareció el gran conjunto masivo de población que, al integrarse a la

<sup>5</sup> Porcentaje sacado según muestra del 25 % del Padrón Municipal.

<sup>6</sup> Vid. JOSÉ MARÍA JOVER: *Conciencia*

*obrero y conciencia burguesa en la España contemporánea*, Madrid, Ateneo, 1956, cap. III, p. 35 y s.

ciudad, la democratizaría desde abajo. Esta zona, carente de pasado y aislada, podríamos decir que opera desde el contraste que siente frente a la antigüedad del casco urbano.<sup>7</sup>

No estimo necesario trazar el conjunto de problemas sociales que afectaban de manera directa a una población en estas condiciones: la ausencia de escuelas, de servicios sanitarios, de seguridad social, la complejidad de la situación, los problemas religiosos, morales, familiares, de vivienda, de trabajo, etc., que afectaban al grupo; todo ello posee una agudeza tal que obliga a la reacción. Y ésta se coloca más allá de la protesta individual. Del malestar surgido en el suburbio nace la reacción del grupo. Así, el partido político va a ser el cauce de sus necesidades. Dos fenómenos, pues, bien precisos, que se suceden: una proletarización, que corresponde a la génesis del suburbio y una politización posterior coetánea de su desarrollo definitivo. En las elecciones municipales del 31 o en el Madrid de la guerra, son los barrios del extrarradio las más potentes cuñas de población republicana. Es curioso observar cómo en este aspecto político jugaron un importante papel las tabernas al actuar como centros de reunión; en ellas se ampliaba la estrechez de horizontes del peón y de ellas partió la primera solidaridad obrera y la primera reacción social. Es de interés recordar cómo en las violentas protestas callejeras de agosto de 1917, la masa popular que actuó en la zona norte se había organizado en las tabernas de Cuatro Caminos. La fuerza pública, consciente de ello y con el fin de impedir más alborotos, ordenó el inmediato cierre de estos establecimientos.

Madrid, al expansionarse, originó en su periferia una zona de proletariado cuya singular importancia no es necesario repetir; pese a su retraso respecto a la aparición del mismo proceso en las ciudades europeas, las características generales del hecho son similares en una y otras. Por ello son aplicables aquí las observaciones que en un reciente artículo ha escrito Chueca Goitia al referirse al impacto de la Revolución Industrial en los complejos urbanos: "Podría decirse que el árbol frondoso de las más bellas estructuras urbanas burguesas hundía sus raíces en las zonas subterráneas y turbias de los *slums*, de los pavorosos suburbios industriales donde se hacinaban los trabajadores... por debajo de todo esto, como existen los *slums* por debajo de la *villa luz*, existe la vacilación y la inexperiencia de una clase en formación, los aspectos sórdidos y mezquinos de una cruel explotación del hombre por el hombre."<sup>8</sup>

En el centro de la ciudad otros mundos se cruzan de no menor interés. Galdós —nuevamente en *La desheredada*— nos da la expresiva visión de uno de ellos, el de la fuerza y prosperidad económica, en su contacto con los bajos estratos de la sociedad urbana. El comisario de Beneficencia, de visita en el mundo de la miseria, recibe por azar un ladrillazo de un chiquillo; entonces... "oyéronse las exclamaciones más ardientes sobre el estado moral e intelectual del país; se recordaron otros hechos análogos ocurridos antes en Madrid, Valencia y Málaga, y por último se declaró con unanimidad muy satisfactoria que era preciso hacer algo, ¡algo, sí! y consagrar muchos ratos y no pocas pesetas a la curación del cuerpo social. Como la prensa alarmada

<sup>7</sup> Vid. FERNANDO CHUECA GOITIA: *La transformación de la ciudad*. Madrid, "Re-

vista de Occidente", novbre.-dicbre. 1963, p. 327-345.

<sup>8</sup> F. CHUECA GOITIA, *ibid.*, p. 330

acalorase el asunto en los días sucesivos, se formaron juntas, se nombraron comisiones, las cuales a su vez parieron diversas especies de subcomisiones; y hubo discursos seguidos de aplausos... y se lucieron los oradores; y otros, que ávidos estaban de dar sus nombres al público, adquirieron esa celebridad semanal que a tantos desvanece. Tanta actividad, tanta charla, tanto proyecto de escuelas, de penitenciarías, de sistemas teóricos, prácticos, mixtos, sencillos y complejos, celulares y panoscópicos, docentes y correccionales, fueron cayendo en el olvido, como los juguetes del niño, abandonados y rotos ante la ilusión del juguete nuevo. El juguete nuevo de aquellos días fue un proyecto urbano más práctico y además esencialmente lucrativo. Ocupáronse de él juntas y comisiones, las cuales trabajaron tan bien y con tanto espíritu de realidad, que al poco tiempo se alzó grandiosa, provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz, la nueva Plaza de Toros." (Cap. VI, IV).

La ciudad es siempre compleja y se desarrolla de modo muy complejo.

E. MARTÍNEZ DE PISÓN